

sentimiento de la amistad es santo, sublime. Los compañeros que no veía llegar, le habían acompañado en todas las fatigas y peligros de la campaña desde que pisaron el país. Acaso algunos, mas desventurados que los que habían sucumbido en el combate, eran conducidos en aquel mismo instante á la piedra de los sacrificios. Hernan Cortés se sintió profundamente conmovido ante esta consideracion. Acostumbrado á dominar todos sus afectos, no pudo hacerse superior al puro y noble de la amistad, y fijando tristemente la mirada en la tierra, se asomaron á sus ojos las lágrimas, que rodaron silenciosas por sus mejillas. Aquellas lágrimas le honraban, porque descubrían el noble corazón de un hombre que despreciaba los peligros, pero que era sensible al santo sentimiento de la amistad. Las lágrimas son hijas de los nobles afectos. Los bastardos sentimientos no tienen lágrimas en la vida. El llanto brota de un corazón que no se ha esterilizado por el egoismo. El corazón del malvado es una fuente seca, inútil para la humanidad sedienta de filantropía y de caridad. Las lágrimas de Cortés eran el tributo de gratitud que el caudillo español pagaba á la dulce memoria de sus amigos y compañeros.

A mitigar, en parte, su profunda pena, vino al fin el saber que se habían salvado Sandoval, Pedro de Alvarado, Olid, Lugo, Avila y Diego de Ordaz. No le fué menos satisfactorio ver llegar á la jóven intérprete Marina y Gerónimo de Aguilar, únicas personas por medio de las cuales podia conferenciar con las provincias aliadas. La vida de Marina se debió al cariño que le profesaban los tlaxcaltecas. Ella y la hija del ciego senador Jicotencatl, á quien los españoles llamaron Luisa al bautizarse, fueron confiadas,

al salir de los cuarteles, á los jefes de la república de Tlaxcala, que formaban parte de la vanguardia. La valiente escolta, cubriéndolas con sus escudos y despreciando la propia vida por la de ellas, logró sacarlas felizmente de todos los peligros. Casi al mismo tiempo se presentó, con otros compañeros, el vizcaino Martin Lopez, inteligente constructor de buques, que había hecho los bergantines que por vez primera cruzaron la laguna. Su presencia fué altamente grata para Cortés. Se había manifestado inquieto por su suerte, y al verle, cruzó por su mente la idea de recobrar lo perdido por medio de una heroica constancia, pues en medio de la completa derrota y críticas circunstancias en que se veía, su ánimo levantado, sobreponiéndose á los reveses y á los obstáculos, no se apartaba un solo instante de los medios de realizar su comenzada empresa.

Hernan Cortés preguntó por Juan Velazquez de Leon, y la respuesta fué sensible para su corazón. Velazquez de Leon había muerto en el segundo foso, luchando sobre los cadáveres, en medio del canal y defendiéndose de los guerreros que le cercaron con sus canoas. El general español dejó ver en su semblante la tristeza. Velazquez de Leon era uno de los oficiales mas distinguidos del ejército, y un leal amigo á quien había mirado siempre con singular predileccion. Si al principio se manifestó contrario á Cortés y adicto al gobernador de Cuba, su pariente cercano, despues, cuando llegó á convencerse de la rectitud del primero y de la injusticia del segundo, se declaró firme defensor de su derecho y de su nombre. Cortés, persuadido de sus caballerosos sentimientos, le había distinguido, dándole el mando de algunas fuerzas que le colocaron va-

rias veces en una posición independiente, distinción á que correspondió con lealtad y nobleza. Su digna conducta, desechando las ofertas de Narvaez, posponiendo el interés personal y el afecto de parentesco al deber de caballero, fué la prueba más palmaria que pudo dar de adhesión á su general. Hernan Cortés, que supo apreciar los nobles rasgos de su corazón, sintió profundamente su muerte. Era un excelente oficial; animoso, de buena conversación y desprendido de los intereses, «pues todo lo que tenia», dice Bernal Diaz, «lo repartia con sus compañeros». Interesante por su valor, por su buena cuna y por su juventud, pues solo tenia veintiseis años, fué sentido, no solamente por su general, sino por todos los capitanes y soldados.

En el tramo que mediaba entre el segundo y tercer foso, quedaron tambien muertos, luchando á pié al perder sus caballos, otros dos capitanes de notable valor y mérito, llamados Francisco de Saucedo y Amador de Láres, esforzados caballeros ambos y excelentes jinetes.

Afectado Cortés con la pérdida de varios de sus amigos, entre los cuales se encontraba Francisco de Morla, que pereció, como queda dicho, al volver en auxilio de los que combatian en el segundo puente, volvió á montar á caballo al llegar los últimos soldados, y siguió con ellos el camino hácia Tlacopan (Tacuba).

Era esta ciudad capital de un señorío, cuyo gobernante, por pacto de alianza ofensiva y defensiva celebrado desde su primer rey, en 1426, con Itzcoatl, cuarto monarca de Méjico, acudia siempre en favor de los mejicanos. La población se hallaba próxima, y la fatigada y he-

rida tropa española hizo alto en la ancha plaza, inquieta, alebrestada, mirando temerosa á todas partes y sin saber qué camino tomar. Pronto fueron apareciendo por las calles algunos escuadrones de la misma ciudad, de Azcapozalco y de las aldeas inmediatas, disparando sus flechas sobre los españoles.

Hernan Cortés, que se habia quedado atrás con algunos jinetes para contener á los pocos aztecas que desde Méjico les fueron picando la retaguardia, llegó en aquellos momentos á la plaza. Conociendo que la permanencia en la ciudad seria peligrosa en cuanto los contrarios subiesen á las azoteas, dió orden para que se continuase la marcha. Viendo que nadie sabia el rumbo que conducia á la salida de la población, se puso él á la cabeza, y logró salir al campo, no sin que le hubiesen matado antes tres soldados de los que estaban heridos. Fuera ya de la ciudad, y en medio de un diluvio de flechas, que desde los maizales inmediatos arrojaban los contrarios sin ser vistos, dió alguna formación á la gente, y en seguida se continuó la marcha lenta y trabajosamente.

Los contrarios siguieron picando la retaguardia y molestando los flancos, acercándose bastante á las filas españolas, que no podian impedirlo, porque no llevaban ni una arma de fuego. Por fortuna de los que se retiraban, se descubria á corta distancia, hácia la izquierda, el cerro de Otoncapolco, llamado tambien de Moctezuma, en cuya cima se levantaba un sólido *teocalli* que podia servir de fortaleza. Era un punto que dominaba las llanuras inmediatas, y en el cual podrian descansar algunas horas las fatigadas tropas. Hernan Cortés veia la necesi-

dad de dar allí reposo á sus soldados, pues era ya del todo imposible que caminasen media legua mas.

Una corta fuerza de guerreros indios guarnecía el *teocalli*. El jefe español encargó á Diego de Ordaz que se apoderase del punto, en tanto que él, con la poca caballería que le quedaba, impedia á los de Tacuba y de Azcapozalco emprender la subida.

El resultado correspondió á las disposiciones dictadas por Cortés. Los que defendian el *teocalli* lo abandonaron, despues de arrojar algunas flechas, y el general español detuvo á los contrarios al pié del cerro, hasta que fué tomada la posicion. Entonces emprendió él la subida, molestado siempre por los escuadrones que habian ido constantemente en su seguimiento. Los españoles llegaron trabajosamente á la cima, y al entrar en el ancho átrio del *teocalli*, se dejaron caer en el suelo para descansar un instante. Media hora mas de camino ó de combate, hubiera dado fin al ejército, pues «ya no habia caballo que pudiese correr», dice Hernan Cortés, «ni caballero que pudiese alzar el brazo ni peon sano que pudiese menearse». El cerro de Otoncalpolco fué para el desfallecido ejército castellano, lo que el próximo puerto para el cansado náufrago que mira agotadas sus fuerzas, luchando contra las embravecidas olas del Océano.

Era el *teocalli* de extraordinaria capacidad, y en su átrio inferior y superior habia suficiente espacio para alojarse la mermada tropa española y el ejército aliado. En él encontraron algunos víveres, y aun recibieron otros de algunas aldeas inmediatas de otomíes, que vivian impacientes bajo el dominio de los mejicanos. Satisfecha, aunque ligera-

mente la primera necesidad, se ocuparon de curar á los heridos. No habia ni aceite, ni vendajes, ni medicina ninguna para hacer la curacion. Las heridas se habian hinchado con la fatiga del camino, y todo el remedio que se aplicó á los dolientes fué oprimir las heridas y poner sobre ellas lienzo de algodón bien sujetados. No habia menos necesidad de calentarse y de secar los vestidos empapados todos por la lluvia de la noche y el agua salada de las acequias y cortaduras que habian pasado á nado. Por fortuna habia en el átrio del *teocalli* notable cantidad de leña destinada para el culto religioso, y encendieron grandes fogatas, al rededor de las cuales se pusieron hasta secar sus vestidos. Logrado esto, se tendieron con sus armas en el suelo para dormir algunos instantes y recuperar las agotadas fuerzas, despues de haber colocado los centinelas y las guardias indispensables en los puntos convenientes.

Hernan Cortés se subió al átrio superior del templo para descubrir la campiña que le rodeaba y dirigir la vista hácia el camino que debia seguir. Fijó con tristeza los ojos en los valientes soldados que habian sobrevivido á la derrota de aquella noche terrible, que la historia ha consignado con el nombre de *Noche Triste*, y se sintió profundamente conmovido. Mil ideas melancólicas se agolparon á su mente. No le quedaba del brillante ejército con que pocos dias antes habia entrado en la capital del imperio azteca, mas que algunos centenares de hombres cubiertos de heridas, estropeados, muchos sin armas y todos llenos de hambre y de miseria. Los cañones y los arcabuces que podian causar estragos en el enemigo, abriéndole paso en su retirada, quedaban sepultados en el fondo de la laguna. Acaso la

república de Tlaxcala, al saber su derrota, se declarase contraria para no provocar una guerra con los mejicanos. Millares de tlaxcaltecas habian perecido en la retirada, y sus familias clamarian contra él y maldecirian su nombre. Si la alianza del Senado se cambiaba en hostilidad, era imposible salvarse. Entonces, al fracasar la empresa que á fuerza de constancia y de valor habia estado á punto de realizar, los enemigos personales de España y de Cuba levantarían la voz, manifestando que habian pronosticado el horrible desenlace; los que le habian defendido, calificarian de locura su arrojo; la Real Audiencia de Santo Domingo lamentaria el haberse opuesto á la prision dispuesta por Diego Velazquez, y la nacion entera escarneceria su memoria.

Pero todos estos funestos pensamientos, que se agrupaban en su mente en aquellos angustiosos momentos, no fueron capaces de abatir su espíritu. El ánimo de aquel hombre extraordinario, lejos de abatirse ante los obstáculos, parecia crecer para dominarlos. Otro hombre, al ver destruida la obra en que habia gastado sus fuerzas y sus bienes, se hubiera apartado de ella con horror. Hernan Cortés, al contemplarla deshecha, no pensó mas que en los medios de volverla á empezar, con igual constancia, hasta darle feliz cima. Genio creador y activo, miraba en aquellos destrozados restos de su ejército los elementos que podian conducirle á la realizacion de su bello ideal, y en medio del horrible naufragio en que se hallaba, y al través de las hinchadas olas que se levantaban á su derredor, descubria, con segura mirada, la blanca luz de una estrella benéfica que alumbraba el término de su viaje.

Despues de haber permanecido un largo rato en lo alto del *teocalli*, bajó al átrio inferior, donde, tendidos en el suelo, reposaban sus soldados. Entonces pudo apreciar las pérdidas sufridas en los puentes y las calzadas de la ciudad. Cuatrocientos cincuenta españoles y mas de cuatro mil aliados quedaron muertos sobre el campo de batalla, segun afirma Gómara, á quien, en este punto, se le debe creer bien informado, pues tuvo á su disposicion, pasado algun tiempo, los papeles de Cortés, y habló con muchos de los conquistadores. Sin embargo, la mayor parte de los autores se hallan en desacuerdo respecto de las pérdidas sufridas, y por lo mismo, no hay un dato seguro para fijar exactamente el número, aunque se puede asegurar que fué considerable (1). Entre las víctimas que se ahogaron en los fosos, quedó

(1) Hernan Cortés dice que perecieron ciento cincuenta españoles y mas de dos mil aliados; pero debe creerse que respecto del número de los primeros, si no es errata de imprenta sufrida en la edicion que se hizo de la segunda carta, es que trató de hacer menos sensible la desgracia á los ojos del rey, por convenir así á sus intereses particulares.

Uno de los caballeros que pertenecian al ejército, y cuyo nombre era Juan Cano, hace subir la cifra de españoles muertos en aquella noche, á mil ciento setenta, y ocho mil aliados, esto es, á un número mayor que el que componia todo el ejército.

Bernal Diaz del Castillo dice que los españoles muertos ascendian á ochocientos setenta, y á mil doscientos tlaxcaltecas; pero entre los españoles incluye, como él mismo asegura, no solamente á los que murieron en aquella noche, sino tambien á los que perecieron en todos los encuentros y batallas que tuvieron hasta llegar á Tlaxcala.

Torquemada pone doscientos noventa, y Solís doscientos.

Ixtlilxochitl y Camargo numeran cuatrocientos cincuenta españoles y cuatro mil aliados.

Herrera pone ciento cincuenta españoles y cuatro mil aliados.

Sahagun, trescientos de los primeros y dos mil de los segundos.

el nigromante Botello, al cual sin duda le engañó su horóscopo, puesto que no le advirtió que en la noche que señalaba como favorable para salir, moriría. De los choluleses que, como aliados de los españoles, iban con los tlaxcaltecas, no se salvó ninguno. Muchos jinetes perecieron; y á cuarenta y seis ascendió el número de caballos muertos. Como algunos otros corceles mataron los aztecas en los combates anteriores verificados en las calles, la fuerza de caballería quedó reducida á muy corto número, pues solo quedaron veintitres caballos, casi todos heridos y en el mas lamentable estado. Tambien quedaron muertos en los fosos y en las calzadas, un hijo y dos hijas de Moctezuma; el depuesto rey de Texcoco, Cacamatzin; todos los caciques y señores que iban presos, y la mayor parte de los criados indios de ambos sexos que tenian los españoles. Tambien pereció, con casi toda la escolta tlaxcalteca que la acompañaba, la hermosa hija del senador Maxixcatzin, que tomó en el bautismo el nombre de Elvira, y que la dió por mujer á Velazquez de Leon. Respecto de las armas de fuego, solo se salvaron siete arcabuces: ni un solo cañon llegó á salir de la ciudad. Las municiones, los pertrechos de guerra, las barras de oro y de plata, todo quedó regado sobre el sangriento escenario de la lucha. Tambien quedaron sepultados entre el bagaje que cayó en la laguna, los importantes papeles del general, siendo sensible la pérdida de un diario en que se hallaban minuciosamente referidas todas las operaciones, desde que salió de la isla de Cuba, hasta el momento de disponerse á abandonar la capital.

Hernan Cortés contemplaba tristemente el cuadro

desolador que le rodeaba; pero su genio se levantaba poderoso por encima de las desgracias sufridas, y alcanzaba á descubrir á la fortuna y la victoria, ofreciéndole la realizacion de su atrevida empresa.

Al descender el sol al ocaso, tendió por la última vez la mirada hácia la poderosa capital de los valientes aztecas, y alentó la esperanza de que en breve brillaria para él la fulgente luz de un dia de imperecedera gloria, en el mismo lugar en que se efectuaron las sangrientas escenas de la Noche Triste.